



PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES

EL P.R.T. FIJA POSICION

TB

PRESENTACION

No es ningún secreto que la relación entre la izquierda marxista y el peronismo se ve entorpecida, desde hace décadas, por los enfrentamientos e incomprendiciones mutuas. El peronismo ha sido siempre una especie de enigma para los revolucionarios argentinos, que han reemplazado con adjetivos, mote y caracterizaciones apresuradas la incapacidad por hurgar en lo más profundo de sus orígenes y de su trayectoria en la historia contemporánea de nuestro país.

Entonces, no puede sorprender que se lo haya calificado como movimiento fascista, o populista, o nacionalista, o incluso revolucionario, que se haya definido que en su seno se concentra la vanguardia del proletariado y que no se puede pensar en ganar la conducción del movimiento de masas si previamente no se logra influir sobre el propio peronismo...

¿Es que acaso es posible englobar al peronismo en una única definición? ¿Es correcto caracterizar en un mismo análisis al peronismo de la década del 40 y de los años 50 con el del 75, a los descamisados del 17 de octubre del 45, a los fusilados del 55, con López Rega o Herminio Iglesias? ¿Es correcto visualizar como a un todo al peronismo revolucionario, a los renovadores, a los ortodoxos e incluso a aquellas corrientes que integran el Frente del Pueblo?

Son muchos interrogantes para un tema tan complejo de la realidad argentina. No se puede ignorar -sería una ceguera política- la trascendencia que tuvo y sigue teniendo el peronismo en la política nacional. Pero no menos peli-

groso resulta seguir caracterizándolo como un movimiento uniforme, único y con una sólida ideología, sacudido solamente por divisiones formales y temporarias. Porque no podemos ignorar que del peronismo se reivindican sectores sociales con intereses irreconciliables, que en su seno se enfrentan distintas fuerzas en una verdadera lucha de clases.

En una sociedad empujada -por la monopolización de su economía, por la concentración y centralización capitalista- a una polarización clasista cada vez más nítida, cada día más antagónica, hablar de peronismo es suponer de que se trata de un organismo con vida propia, con su propio desarrollo y leyes, inmune y ajeno al enfrentamiento entre las clases. Y ello sería tanto más erróneo en una época en que la monopolización trae aparejado la sepultura, en la Argentina, de todo proyecto nacional burgués ajeno al de la oligarquía financiera internacional, marca la caducidad de esa clase que carece de un proyecto propio adecuado a las nuevas condiciones, aplicable a la Argentina de fines de la década del 80.

Sin perjuicio de definir al sector de clase que dio origen al peronismo -tal cual se intenta en el presente trabajo-, aparece como más conveniente -más científico- referirnos a los peronistas y comenzar a definir a cada grupo, a cada sector, en base a sus representaciones e intereses clasistas y en cada momento de su desarrollo. Y así, de una vez, acabar con el mito de que existe un gran movimiento justicialista guiado por una doctrina tercerista: "ni capitalistas ni socialistas, peronistas".

El presente trabajo pretende ser un aporte más al debate que, en el seno de la izquierda argentina, se ha dando en torno a la ubicación y a la definición del peronismo. El PRT, no ajeno a lo largo de sus casi 20 años de historia a las imprecisiones y definiciones superficiales o incorrectas sobre el tema, quiere hacer llegar su voz, la voz de una organización marxista-leninista de la Argentina, con la mente puesta en allanar desencuentros, tanto con peronistas como con otros compañeros de la izquierda. Es ésta, sin duda, una manera de avanzar hacia el necesario frente democrático, popular y revolucionario, que aglutine en su seno a todas las fuerzas interesadas en los cambios sociales de fondo que den por tierra con los planes del imperialismo. *

EL PERONISMO

I.- INTRODUCCION

El complejo proceso sociopolítico argentino avanza aceleradamente hacia cruciales coyunturas donde el agudizamiento del enfrentamiento de las clases sociales y de las fuerzas políticas que las expresan requerirá reagrupamientos y definiciones que, sacando al país del empantanamiento en que se debate desde hace varias décadas, lo impulse para tomar un rumbo que extravió años ha como producto de condiciones sociales y políticas especiales. En coyuntura semejante es fundamental que la clase obrera y los sectores que luchan por consolidar cambios sociales que permitan superar este estancamiento interpreten correctamente las circunstancias que nos condujeron a la aparentemente "inexplicable" crisis argentina.

La historia del último medio siglo —y en ella el proceso que condujo a la consolidación de la fuerza política más importante de ese período, el peronismo—, reviste especial significado por el papel que sigue desempeñando en las masas argentinas. Para la izquierda marxista adquiere primordial importancia sistematizar sus juicios en torno a una corriente con cuya base popular mantiene objetivos comunes en la lucha democrática y antimperialista, aclarando puntos de vista difundidos no siempre correctamente y reubicando caracterizaciones no totalmente ajustadas a los principios del análisis científico.

Está claro que esta corriente es una forma de populismo; de lo que se trata ahora es de determinar las condiciones históricas que facilitaron su aparición, estudiar sus características particulares y prever su evolución. Debemos advertir que el populismo en América Latina aparece con fuerza a partir del cardenismo mexicano en 1936, repitiéndose con mayor o menor extensión, entre otros ejemplos, en Chile con Ibáñez, en Uruguay con el batllismo y sobre todo en Brasil con Vargas, siendo seguramente el peronismo el que mayor vitalidad ha demostrado. En esta vitalidad tienen que ver las condiciones históricas y el mayor o menor acierto de la respuesta que las fuerzas marxistas le han dado en cada oportunidad.

Sin la pretensión de que este trabajo constituya un análisis acabado del tema —sobre el que se deberá seguir trabajando— representa un aporte más para la discusión política nacional.

II.- CRISIS Y GOLPE DE 1930

El golpe del 6 de setiembre no solamente constituye el primer acto de abierta ingerencia de las fuerzas militares en la política del país, sino que determinó el fin de una etapa de la vida argentina que, comenzada (en grandes términos) en 1860, condujo a la consolidación del Estado nacional, en un proceso en el que la inserción del país en el sistema capitalista mundial se efectuó con una estructura productiva centrada en el agro. La economía agroexportadora facilitó un acelerado desarrollo de la acumulación de capital social fundado en el mecanismo de la renta agraria diferencial a escala internacional y también generó una limitada industrialización.

Las condiciones creadas por el auge económico de la primera guerra mundial y el incipiente proceso de industrialización, originan el crecimiento cuantitativo de las capas burguesas medias y pequeño burguesas que comienzan a cuestionar el absoluto control de la burguesía agraria, llegando a coparticipar en el gobierno a través de la U.C.R., comandada por Hipólito Irigoyen, que se erige en una fuerza política popular que enfrenta al régimen oligárquico conservador, levantando las banderas de la democracia política y de una cierta independencia económica.

El prodigioso desarrollo de una economía fundada casi exclusivamente en las exportaciones de granos y carnes, contenía la total dependencia de los intereses y de las fluctuaciones del sistema capitalista mundial, esencialmente de Gran Bretaña que, como potencia dominante, controlaba y absorbía las exportaciones de nuestras pampas. En esa dependencia, la gran crisis de 1929 y la lucha ya planteada por EE.UU. desde la primera guerra mundial, para desplazar a Inglaterra como la potencia hegemónica, golpea con inusitada violencia a la economía argentina. Las exportaciones perdieron el 50% de su valor y su volumen físico descendió en un 8%, agravando la tendencia a un lento deterioro de los términos del intercambio, que ya se advertía desde la guerra, acentuado porque el descenso de los precios de las exportaciones no guardaba relación con el de las importaciones. La disminución de divisas producida por el saldo negativo de la balanza comercial era acentuada por el de la balanza de pagos a causa de la salida neta de capitales, lo que motiva una drástica reducción de la capacidad de importación del país, que descendió en un 46%.

La crisis mundial motiva el cierre de los mercados de los países capitalistas más desarrollados para los productos argentinos —casi única fuente de ingreso de divisas—, agravando los problemas que ya viene arrastrando el gobierno de Irigoyen, el que destituye el golpe militar encabezado por José E. Uriburu. El nuevo gobierno no solamente representa a los más rancios núcleos conservadores de la oligarquía agroexportadora, sino que refleja a sectores que en el seno del Ejército comienzan a ser influenciados por la ideología nacional-socialista (nazi) que se desarrolla entre la aguda crisis de la postguerra europea.

El golpe del 30 derroca a la fuerza popular que en parte también representa los intereses de las nuevas capas burguesas en crecimiento, implantando una dura represión contra el movimiento obrero, las nacientes fuerzas de la izquierda marxista y los núcleos populares del radicalismo. La firme resistencia popular obliga al régimen a recurrir al fraude electoral y a las proscripciones para institucionalizar el gobierno de la burguesía agraria. Es la etapa conocida en nuestra historia como "la década infame", durante la cual se incorpora como inherente al sistema la más descarada inmoralidad política y administrativa, constituyendo los grandes negociados y los escándalos financieros la realidad cotidiana de los gobiernos de la época.

III.- CRISIS E INDUSTRIALIZACION

La caída del producto y del monto de las exportaciones y la necesidad de defender los términos del intercambio, produce una acentuada reducción de las importaciones planteándose la necesidad de desarrollar una industria sustitutiva. La capacidad importadora sufrió una drástica reducción descendiendo en un 46%, lo que repercute sobre las finanzas públicas y el nivel de ingresos. Por otra parte la disminución de la renta agraria provocada por las prácticas proteccionistas de los estados capitalistas desarrollados puso a la orden del día el problema de su reparto en el seno de la propia oligarquía. En semajante coyuntura se hizo indispensable la intervención del estado en la producción y la circulación, el que pasa a jugar un trascendente papel mediante una serie de medidas que modifican substancialmente la estructura económica del país. Se abandona la convertibilidad del peso, que se había depreciado a causa del saldo negativo de la balanza de pagos; el pronunciado déficit presupuestario es cubierto con la emisión de títulos públicos; para evitar las nuevas devaluaciones del peso se estableció el control de cambios; se elevaron las tarifas aduaneras para frenar las importaciones que desequilibraban la balanza comercial; se modificaron los sistemas financiero y fiscal; se crearon diversas Juntas Reguladoras de la producción para adecuarla a la demanda; se envió una misión comercial a Londres para acordar la colocación de las carnes; etc.

Paulatinamente fue advirtiéndose que la crisis era prolongada, lo que exigía el reordenamiento profundo del Sistema Capitalista Mundial y se hizo claro para el grupo dominante argentino que era ilusorio esperar el retorno a las anteriores formas de articulación en la economía mundial. Apareció como imprescindible, para mantener el equilibrio del sistema económico nacional, ampliar las funciones anti-crisis del Estado impulsando la industrialización sustitutiva destinada al mercado interno, y para ello no quedaba otra salida que transformar las modalidades de acumulación provocando una transferencia de algunos capitales hacia la industria. Lo original del proyecto que se encara ante esta coyuntura es que fueron los sectores más lúcidos de las clases oligárquicas dominantes beneficiarias del proyecto agroexportador las que impulsan este cambio, y lo hacen con el objetivo de defender sus propios intereses de clase y contando en esa empresa con el apoyo del capital financiero internacional, especialmente del inglés. Los sectores propietarios más débiles o menos integrados al bloque dominante fueron destruidos o absorbidos, favoreciendo el proceso de concentración.

Para impulsar este proyecto resultaba indispensable el reagrupamiento de fuerzas sociales capaces de responder a las requisitorias que planteaba la nueva realidad socioeconómica. La necesidad de equilibrar el sistema en su conjunto impuso la armonización de intereses particulares que hasta hacía poco eran antagónicos, por ello el proyecto que se impulsa no es un proyecto indiscutido de la oligarquía dominante, sino el que interesa a un sector de ella, que debe aliarse con otros que representan los nuevos intereses con posibilidad de desarrollo como se amplía más adelante.

En los procesos de crecimiento tardío la línea divisoria, en cuanto al apoyo o rechazo a la industria, no coincide necesariamente con la división de las fuerzas que representan el orden nuevo progresista, y un orden viejo, globalmente retardatario, factor que complica el análisis. Es lo que ocurre en Argentina en la década del 30, donde el proyecto industrializador es impulsado por un Estado en creciente inter-

gremialismo social, representante de los intereses de una alianza de clases entre un sector de la vieja oligarquía terrateniente y vacuna, los invernadores, con una débil burguesía industrial, alianza que es respaldada por las inversiones extranjeras, inglesas y yanquis fundamentalmente, las que llegan a superar el 50% del capital total en la industria, controlando las más importantes ramas. Pasemos a analizar cronológicamente esta etapa del proceso.

En mayo de 1933 y con el objetivo de tratar de equilibrar la balanza comercial facilitando los ingresos de divisas necesarias para el pago de la deuda externa y de paliar la crisis que padecía el sector dominante por la caída de las exportaciones, se firma el tratado conocido como "Roca-Runciman", en el que, para obtener que "el Reino Unido no imponga restricciones a la importación de carne vacuna enfriada, que las reduzcan a una cantidad inferior a la importada en el trimestre correspondiente del año 1932" (cuando por efecto de la gran crisis ya se había disminuido los cupos de importación), Argentina otorgaba una serie de concesiones que implicaban aceptar las reglas impuestas por los ingleses para el comercio bilateral, en beneficio de sus intereses. Así se estableció que el 85% de las licencias de importación de la carne argentina en Inglaterra sería distribuida por el gobierno inglés, lo que favorecía a los frigoríficos británicos y a los ganaderos vinculados a los mismos. Además, Argentina se comprometía a mantener libre de derechos la importación del carbón y de otras mercancías inglesas que anteriormente gozaban de esa franquicia, mientras que en el caso de las mercancías que pagaban derechos aduaneros se volvía a las tasas vigentes en 1930, con el compromiso de no imponer nuevos gravámenes ni aumentar los existentes, no reducir las tarifas ferroviarias, destinar todas las divisas provenientes de las exportaciones hacia Gran Bretaña a las compras en dicho país, y a conceder a las empresas inglesas de servicios públicos la protección de sus intereses y un trato benévolos.

Al margen de lo leonino del convenio sobre el cual el pueblo argentino ha emitido reiteradamente su juicio condenatorio, el mismo significó la división del sector ganadero en invernadores y criadores, gozando los primeros del privilegio de la protección de su cuota de carne para la exportación (carne enfriada "chilled", que satisfacía el gusto inglés), mientras que los segundos quedaban excluidos del beneficio al no poder mandar animales engordados al matadero. Esencialmente el convenio selló una sólida alianza entre el capital financiero inglés y la fracción invernadora de la oligarquía, fortaleciendo la hegemonía británica en la economía argentina frente a los esfuerzos de EE.UU. por desplazarla.

El pacto debió enfrentar la oposición de sectores industriales nucleados en la UIA, preocupados por las facilidades otorgadas a la importación de mercancías inglesas, pero fundamentalmente la de los sectores ganaderos "criadores", que encontraron expresivos voceros en la U.C.R. y en la Democracia Progresista de Lissandro de la Torre. Por su parte, el gobierno conservador y fraudulento que representaba a la oligarquía "invernadora", después del pacto Roca-Runciman, impulsó decididamente el proyecto de industrialización sustitutiva defendido vigorosamente por Pinedo.

Para los más conservadores de los ganaderos la industria es un sector artificial, no dinámico, que no crea riqueza. Mientras la Sociedad Rural Argentina, aún reconociendo la importancia decisiva que para la economía argentina tiene el comercio exterior, no se opone a una industrialización limitada, la CARBAP rechaza cualquier medida de tipo industrialista.

IV.— CRECIMIENTO INDUSTRIAL

El crecimiento Industrial entre 1935 y 1937 iguala al de 1914 a 1935; éste no podría haberse dado sin el apoyo de la política gubernamental, pero al producirse bajo el control de las fuerzas conservadoras, se da un proceso de crecimiento industrial sin revolución industrial, basado en una industria liviana que solamente produce bienes de consumo no durables, mediante la expansión de la industria preexistente, mientras se mantenía sin modificaciones la estructura agraria del país. Se orientaba a cubrir el vacío de las importaciones que fueron limitadas para defender la balanza comercial, orientada especialmente a los rubros alimentación y textiles, pero con escaso interés en ampliar y diversificar el mercado interno. El mayor rendimiento de la capacidad instalada se buscó sin grandes inversiones, con el solo aumento de la mano de obra, sin metas exportadoras.

La incorporación de Pinedo al gobierno de Justo orienta una política proteccionista con aranceles aduaneros, acentuándose los vínculos entre el tímido sector industrialista que, sin enfrentar a la oligarquía, se conforma con una línea defensista, y el gobierno conservador hegemonizado por los invernadores, los que gradualmente comienzan a invertir en las principales industrias a través de grupos financieros, por lo que esa alianza de clases comienza a transformarse en una fusión de clases.

Ese proceso se consolida en un acelerado curso de capitalización y —como una característica destacable—, mediante una política distributiva que no beneficia a los trabajadores. Constituye el clásico proceso de acumulación basado en explotación obrera.

V.— SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La guerra estallada en 1939 concede un mayor impulso al proceso de crecimiento industrial por la virtual paralización de las importaciones de EE.UU. y Europa, avanzando sin fragmentaciones significativas bajo el control del bloque ligado al capital financiero que solo preconiza una limitada industrialización, ya que los medianos y pequeños industriales concentran aún poca fuerza como para luchar por la hegemonía. Sin embargo, en los finales de la guerra comienza a producirse un proceso de diferenciación entre los industrialistas como fruto de las condiciones económicas particulares que ella crea, de la movilidad social que se manifiesta en las clases medias y por el fortalecimiento del papel del Estado, lo que origina el afianzamiento del sector puramente industrialista y el fracturamiento de la unidad del bloque dominante. Se produce un nuevo reagrupamiento de fuerzas y la redefinición de alianzas, que constituyen la base social del peronismo.

Aquí es necesario destacar la importante acumulación de capitales que logra la burguesía industrial en los años de guerra y que Perón se encargará de fortalecer y de trasladar al plano político. También hay que recordar las expropiaciones de los capitales alemanes, que pasaron a ser propiedad del Estado.

Mientras tanto, subsiste la división del sector agrario, invernadores y criadores, agudizada como consecuencia de la puja interimperialista entre Gran Bretaña y EE.UU. Los criadores, que son los ganaderos por excelencia desplazados por el tratado Roca Runciman, bregan por intensificar el comercio con EE.UU. que no acep-

ta el "chilled", y levantan el "slogan" de "vender a quien nos vende", contra el de "comprar a quien nos compra" de los invernadores.

A principio de los años 40, el dilema de las clases propietarias era; o estabilizar la política hacia cierta industrialización que se venía desarrollando bajo la hegemonía de los sectores burgueses agrario dominantes, o abandonarla volviendo a la anterior economía agroexportadora. La primera era la línea de la élite conservadora encabezada por Pinedo, aunque no homogénea y con resistencias internas, y la segunda constituyó el programa de la burguesía criadora. La restante alternativa, la línea clásica industrialista, era impulsada por sectores medios emergentes de origen industrial que se habían desarrollado y capitalizado con fuerza, pero carecía todavía de formas institucionales o de representaciones políticas independientes. Este factor contribuye a que los cambios que poco después se producen, se apoyen en el Ejército y la burocracia estatal, sumamente fortalecida en todo ese proceso de cambiantes alianzas de clases o sectores de clases, lo que le permite alcanzar una autonomía relativa.

VI.— CRECIMIENTO DE LA BURGUESIA INDUSTRIAL

La mediana y pequeña burguesía industrial constituía en este proceso la capa más numerosa del sector industrialista, aunque tenía un débil poder económico en comparación con el grupo hegemónico constituido por las empresas ligadas directa o indirectamente al capital financiero, las que controlaban la mayor parte de la producción y de la mano de obra ocupada. Sin embargo, su peso social era apreciable y en el lapso comprendido entre los años 1935 a 1948 se había desarrollado en una mayor proporción, mediante la instalación de numerosos establecimientos de reducido tamaño y baja productividad, al amparo de las medidas proteccionistas, especialmente desde 1940 durante la guerra.

Esta pequeña y mediana industria no estaba ligada financieramente al capital internacional, pues había nacido y se había desarrollado al amparo de la coyuntura bélica, utilizando un bajo nivel de tecnología, pero gozaba de un margen de autonomía al carecer de dependencia con el capital financiero. Nacida en un proceso de industrialización producido en la era de la concentración y centralización de la producción y del capital, el espacio en que había crecido era frágil y sus intereses se contradecían con los de los sectores monopolistas, ya que su supervivencia dependía de un tipo de acumulación que desarrollara el capital nacional.

VII.— EL GOLPE DE 1943

El golpe del 4 de junio de 1943 fue concebido casi exclusivamente por los militares —a diferencia del de 1930 en el que tuvieron participación sectores civiles conservadores— y constituyó una medida preventiva ante una amenaza de crisis que se perfilaba para la postguerra, como consecuencia de la descomposición del bloque en el poder, minado por contradicciones internas económicas y políticas, por el rerudecimiento de la pujante interimperialista ante la inminente conclusión de la guerra y por la pujante ascensión de sectores populares marginados del sistema de dominación.

La masiva reacción contra la era del fraude político y la descomposición de las

fuerzas conservadoras que lo implementaban, generaba la posibilidad de constituir una alianza opositora en un frente popular donde participarían la CGT y el Partido Comunista, lo que inquietaba a los militares entre los que tenía un gran peso una fuerte corriente nacionalista influenciada por concepciones fascistas e integristas católicas.

En marzo de 1943 se había constituido el GOU, integrado por coronelos, organización que se definía como enlace "entre los jóvenes oficiales superiores partidarios de restablecer la disciplina y la moral del Ejército y de levantar al país, que la corrupción... conducía directamente al comunismo". Luego del golpe que aparentemente encabezaba el general Rawson —conocido por sus inclinaciones proaliadas— y que fue inmediatamente destituido, el GOU comienza a adquirir preeminencia en el gobierno presidido por Ramírez, no obstante la subsistencia en el gabinete y en ciertos puestos del gobierno de notorios exponentes de la línea liberal del Ejército, debilitada pero no derrotada. Invocándose aspiraciones patrióticas, moralizantes, austeras, de disciplina y preconizando el restablecimiento del orden social perturbado y la eliminación preventiva de amenazas de subversión —objetivos en los que convergían las distintas corrientes militares— se reprime a los partidos de izquierda (principalmente al P. Comunista) y al movimiento sindical, al mismo tiempo que se da satisfacción a aspiraciones corporativas de las FF. A.A. con la elevación de los gastos militares desde un 16,85% en 1943 a un 43,33% en 1945. Asimismo se expande Fabricaciones Militares, con el objetivo de abastecer a sectores estratégicos de la producción y de fortalecer al Estado en dichas áreas, con la lógica consecuencia de una promoción del desarrollo industrial en su conjunto. Mientras tanto crece la pujanza entre las corrientes liberal proaliada y la nacionalista, al mismo tiempo que se acentúa en el GOU la influencia del grupo de Perón que consolida sus posiciones en el gobierno.

VIII.— EL PROYECTO DE PERÓN

En octubre de 1944, al ser designado a su pedido Director del Departamento Nacional del Trabajo, luego convertido en Secretaría de Estado, Perón comienza a poner en práctica su proyecto de unidad nacional asentado sobre la concepción de armonía social y del papel regulador del Estado para integrar a la clase obrera, concediéndole áreas efectivas de participación y quitándole autonomía de clase.

Cuando Perón llega al gobierno como representante de la burguesía industrial, el problema es diferente al de los años de acumulación industrial, porque ya el mundo no está en guerra. Ahora se trata fundamentalmente de consolidar el mercado interno abierto en los años anteriores y amenazado por la recuperación de los países industriales. Por eso sus pasos tenderán a crear y fortalecer los organismos necesarios para ese fin. Los tres más importantes son la nacionalización del Banco Central, la creación del IAPI y la del Banco Nacional de Desarrollo, que le permitirá controlar el financiamiento, la salida de divisas y la orientación del crédito hacia la industria (la vez que con la política de fijación de precios y compra de granos para la exportación por el IAPI, se capitaliza el ente estatal).

Está claro entonces que si se plantea garantizar el desarrollo industrial en condiciones diferentes a las de la época de la guerra, necesariamente debe ser sobre la base de una participación directa, sistemática y sostenida del Estado en la actividad económica. En el centro de la política económica de Perón está la aplicación de cierta forma de capitalismo de estado, de manera que la industria ligera cuente con

el apoyo financiero y con recursos baratos en aquellos renglones de la economía que lo requieran para desarrollarse. Controlar los sectores básicos de la economía es el eje del primer plan quinquenal, porque para un desarrollo industrial y para la ampliación y consolidación del mercado interno es imprescindible una infraestructura barata. Entre sus primeras medidas está comprar los ferrocarriles ingleses, junto con el gas, la electricidad, los teléfonos, el transporte urbano y el desarrollo de una marina mercante nacional, de tal manera que los productos de exportación fueran transportados por el Estado.

Dentro de esta política debían necesariamente modificarse las condiciones pactadas con los ingleses en la década infame. El tratado Roca-Runciman es reemplazado por el Eady-Bramuglia, por el que Inglaterra se compromete a seguir comprando alimentos a Argentina (carne y cereal). Hay que advertir que por los años 46-48 Inglaterra necesitaba todavía ese alimento. Además, "acepta" que Argentina adquiera las propiedades e inversiones inglesas en este país con las divisas bloqueadas en Londres. Queda claro que en el fondo del convenio está el interés del control estatal sobre esos recursos que son necesarios para el desarrollo capitalista.

El proyecto sistematizaba las orientaciones de las teorías nacionalistas referidas a la defensa nacional y a la acción intervencional del Estado en una política de "justicia social", pero en esta ocasión los hechos mostraron que no se trataba como en otras coyunturas, de una mera enunciación propagandística sino que se pasaba directamente a su implementación. Con ese objetivo la Secretaría de Trabajo comienza a intervenir en los conflictos laborales exigiendo el cumplimiento de la legislación vigente y a presionar para la firma de convenciones colectivas de trabajo en las que incorporan antiguas y sentidas reivindicaciones de los trabajadores. Se obtiene la simpatía y el apoyo de influyentes cuadros sindicales, estimulándose la incorporación de los trabajadores a los sindicatos por ellos dirigidos, política que se alterna con una dura represión a dirigentes de izquierda no afectos a la política oficial y se impulsa la creación de sindicatos paralelos a las organizaciones en que ellos participan decisivamente.

Con su proyecto Perón trató de compaginar una política de profundización del desarrollo capitalista, modernizándolo para adecuarlo a las nuevas condiciones que se crearon luego de la gran crisis del sistema capitalista mundial. Constituye un paso progresista dentro del desarrollo socioeconómico argentino al intentar la consolidación de formas capitalistas que superarán la etapa del desarrollo oligárquico y de la economía agroexportadora. Para ello era indispensable impulsar la revolución democrático-burguesa cuyos objetivos centrales —mejoramiento de las formas democráticas, participación popular, independencia económica nacional, acceso al comercio mundial— configuraban metas movilizadoras para las capas populares que, al vislumbrar un proyecto coherente y promisorio, luego del nefasto período de la década infame, comienza a salir del parcial letargo en que las sumió el derrocamiento del gobierno de Irigoyen y el primer gobierno militar.

Al no existir en la burguesía nacional desligada del capital monopólico una cohesión y conciencia de clase suficiente, a pesar del crecimiento de su peso social, surgió la necesidad de cubrir ese vacío de conducción para la implementación del proyecto, papel que solamente el Ejército estaba en condiciones de desempeñar con el apoyo de la burocracia estatal. En la búsqueda de ese objetivo y ante la necesidad de enfrentar a otros sectores de las clases dominantes (que no son solamente los núcleos oligárquicos antiindustrialistas sino también los industrialistas vinculados al capital financiero que se oponen a un desarrollo independiente), se hace necesario lograr el apoyo de las masas para consolidar las pretensiones de los que aspiran a esos cambios. Es menester hacer de los trabajadores la base social de sustentación,

debidiéndose atender al imperativo fundamental que basamenta el proyecto: para evitar la recesión de la postguerra era indispensable la ampliación del mercado interno y la conservación del proteccionismo industrial compatibilizando el crecimiento de la industrialización sustitutiva con el pleno empleo y una política redistributiva del ingreso. O sea, impulsar el desarrollo del capitalismo argentino manteniendo y ampliando, en lo posible, el grado de autonomía alcanzado durante la crisis y la guerra. En ese momento Argentina producía el doble de lo que consumía, siendo destinado el excedente a la exportación.

Se promueve asimismo una política social coherente con los proyectos de desarrollo político, económico y social y se acogen las básicas reivindicaciones de los trabajadores, las que habían sido sistemáticamente desconocidas en el anterior período de crecimiento industrial sin redistribución económica. Se logra así el respaldo del movimiento sindical que contaba con una sólida organización y con una conducción que revela clara tendencia a la conciliación con el Estado y la patronal, salvo los núcleos más combativos de izquierda.

Apoya la política orientada desde la Secretaría de Trabajo no solamente el nuevo proletariado, recientemente incorporado a la industria desde los más lejanos rincones del interior, sino también los "viejos" trabajadores que comienzan a vivir experiencias inéditas al ser atendidos, escuchados, respetados y reconocidos en sus derechos en los organismos estatales. La nueva política oficial también conquista a dirigentes sindicales provenientes del socialismo, del anarcosindicalismo y del apoliticismo generado por las tendencias anarquistas que orientan su lucha sindical rechazando a los partidos políticos de la clase obrera.

Al haberse desarrollado antes del peronismo un proceso de crecimiento capitalista sin redistribución social, crecieron las reivindicaciones del conjunto de los trabajadores, las que solamente fueron satisfechas en parte, mientras que la mayoría de las numerosas luchas obreras que se desarrollan en los años 40 al 42 concluyeron en derrotas para los trabajadores. La experiencia de esos años posibilitó el avance de la tendencia negociadora en los dirigentes de los sindicatos, nuevos y viejos, que se orientan hacia la búsqueda de una política de alianzas con algún sector estatal como el eje principal de su actividad.

Indudablemente que dichas tendencias no son ajenas a concepciones anticomunistas que, ante el triunfo de la URSS y el avance de su prestigio entre las masas, son reactivadas por una burguesía atemorizada multiplicando diversos tipos de corrientes diversionistas. En ese entonces la clase obrera había alcanzado un destacado nivel de organización, registrándose en 1940 la cifra de 441.412 afiliados a los sindicatos, mientras que en 1945 llegan a 528.523. Tal circunstancia obliga a Perón a efectuar importantes concesiones a los trabajadores, hasta niveles desconocidos en países con mayor desarrollo, para lograr su apoyo en la lucha por imponer a otros exponentes de las clases propietarias el plan de desarrollo y modernización capitalista. En aquella época, 1.500.000 proletarios trabajan en la industria y el 48% de la renta nacional se distribuye en salarios; ello es posible porque la guerra ha dejado un importante saldo de moneda fuerte.

Los principales recursos con que se logra el apoyo de los trabajadores constituyen pues, el reconocimiento legal y la activa participación de las organizaciones sindicales que aceptaban colaborar con la política impulsada desde la Secretaría de Trabajo, un distribucionismo económico-social sin precedentes que elevó el porcentaje de la clase obrera en la renta nacional a niveles nunca vistos a alcanzar y la efectiva aplicación y cumplimiento de la legislación laboral, por primera vez en el país, todo lo cual confería a los trabajadores importante participación en sus propias condiciones de reproducción como fuerza de trabajo.

La contracara lo constituye la pérdida de su autonomía como clase, aunque la CGT nunca dejó de conformar un factor de poder dentro del peronismo, conservando una relativa independencia para sus direcciones burocráticas, lo que permitió que los sindicatos constituyeran la única forma organizativa que mantuvo en pie el peronismo después de 1955 y en ciertas etapas lo erige en su columna vertebral.

La activa participación del movimiento obrero en la resistencia peronista con la utilización de las más diversas formas de lucha (huelgas, sabotajes, etc.) y la cohesión que evidencia para enfrentar las políticas impulsadas por los gobiernos militares que se sucedieron después de Perón, fortalecen la conciencia de su poder como fuerza social predominante en el campo popular. Igualmente incorpora como valor característico de su creciente presencia en el escenario socio-político argentino, la convicción de la importancia que reviste su unidad, la que consolidada en los comienzos de la etapa peronista subsiste a todos los embates no obstante transitorios nucleamientos divisionistas generados por la luchas subalternas de la dirigencia burocrática.

IX.— LAS CLASES SOCIALES Y EL PERONISMO

Indudablemente que la política impulsada por Perón no expresaba esencialmente los intereses de la gran burguesía, como muchas veces se ha afirmado, sino que recogía las aspiraciones de la media y pequeña burguesía industrial que requería, como condición primaria de su reproducción, frenar el proceso de concentración y extender el proteccionismo estatal. Esa burguesía en desarrollo carecía de una representación propia, función que asumió una élite militar que lúcidamente comprendió que para enfrentar al bloque que configuraban la gran burguesía industrial, la burguesía agraria y el capital financiero, necesitaba apoyarse en la clase obrera, preservando para sí la hegemonía del proceso.

Muchas veces ha sido cuestionada la representación de los intereses de la burguesía nacional por parte de Perón en base a que, "como grupo, los nuevos industriales no cumplieron un rol importante en la ascensión de Perón al poder" y recién llegaron a organizarse en la CGE cuando su poder ya estaba consolidado, mientras que la UIA se acomodó tempranamente al proceso. Sin embargo, no se puede olvidar que en la alianza de clases que constituye el peronismo, son los intereses de esa nueva burguesía industrialista los que fijan los límites y contenidos de ella y a los que el peronismo representa en esencia. Sólo que en razón de la debilidad estructural de ese sector burgués que ha adquirido fuerza durante la guerra, es la élite militar la que expresa sus intereses mediante un proyecto de desarrollo capitalista que compatibilice acumulación extensiva con distribucionismo social. Ese es el sentido de las medidas antíperialistas que toma Perón.

El peronismo pues, se configura como una conjunción de fuerzas sociales, clases y sectores de clases menos ligadas al capital extranjero, en alianza con exponentes de sectores militares nacionalistas, en el marco de un proceso caracterizado por un considerable crecimiento industrial. Nace como la política de un sector de las clases propietarias que necesita la participación obrera para llevar a cabo un proyecto de los industriales menos poderosos y de la burocracia militar y política.

Esa alianza de clases es viable porque las reivindicaciones de la clase obrera acumuladas en la primera fase de crecimiento industrial sustitutivo, coincidían y podían satisfacerse con el proyecto de desarrollo económico de sectores de las clases

dominantes que necesitaban la expansión del mercado interno y la conformación de una base popular de legitimación del bloque consolidado después del golpe militar del 4 de junio de 1943.

El peronismo presenta la particularidad entre los movimientos nacional-populares, de que la participación obrera llega a través de las organizaciones sindicales en todo su período, aspecto éste que no se registra en otras experiencias similares, lo que contribuye a valorizar el papel mediador del sindicato.

En cuanto al sector terrateniente, ya antes del gobierno peronista, las autoridades militares congelaron el precio de los arrendamientos (rurales y urbanos) y dictaron el Estatuto del Peón que benefició a 350.000 trabajadores rurales, afectando los intereses de la burguesía rural.

La creación del IAPI es un segundo golpe para dichos intereses, sobre todo por la compra de la cosecha a precio fijo y la exportación por el Estado a precios sensiblemente superiores. Pero el gobierno peronista afecta solo los intereses secundarios de la oligarquía y no los esenciales al no intentar una verdadera reforma en el régimen de propiedad de la tierra.

Cabe agregar que las divisas con que contaba el país dependían casi exclusivamente de la producción agroexportadora, lo que afectaba la estrategia del gobierno peronista al no atacar frontalmente los factores de producción. Esta política es posible porque ya a finales de la década del 40, el 60% de la población argentina es urbana y en ella se apoya la esencia del proyecto.

TB

X.— POSICIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA

La política de los partidos de izquierda, PC y PS, que en su alineamiento antifascista muchas veces postergaron objetivos clasistas reivindicativos, en pos del apoyo a la lucha internacional contra el nazismo, constituye un importante factor que facilita el desplazamiento de los trabajadores y de las grandes masas populares hacia el peronismo. Particular importancia reviste en este aspecto la política del Partido Comunista, que había adquirido creciente influencia entre los trabajadores en la década infame, donde desarrollaba su actividad en condiciones de semilegalidad.

Antes de la división de la CGT en 1942, los dirigentes influenciados por el PC ocupaban aproximadamente el 40% de los puestos del Comité Confederal de la CGT, lo que evidencia su fuerza dentro del movimiento obrero. Esa influencia jugó un importante papel en la decisión de la CGT de integrar la Unidad Democrática, ya a punto de constituirse en 1943, con participación de radicales, socialistas, demócratas progresistas y comunistas, cuyo triunfo se vislumbraba en un comicio libre, factor que aceleró el golpe del 4 de junio. Ese auténtico frente popular que se gestaba exitosamente en el preperonismo, continuó constituyendo el referente de la línea del PC para enfrentar a Perón, sin advertir las sustanciales diferencias que existían entre una estrategia frentista para luchar contra la Concordancia Conservadora, fraudulenta, corrupta y represora y otra en la que —hermanados con el conservadurismo— se enfrentarían a una alianza de la gran mayoría del proletariado, amplias capas medias y la burguesía nacional que levantaba un proyecto de desarrollo independiente y de democracia burguesa. Los excesos represivos, con existir, no sobrepasaban demasiado a las prácticas de la época, ni podían ocultar el fondo social del alineamiento.

Traslladando mecánicamente una línea antifascista trazada en 1935, se la reedita diez años después cuando el Eje ya estaba derrotado; y para convalidarla, forzando

la realidad, se denuncia como nazi-fascista al frente peronista, en base a su sinuosa posición internacional originada en las simpatías que la gran mayoría de los gobernantes sentía por la Alemania nazi, y por una política interior represiva que había golpeado duramente a sus militantes. En esa línea se debió compartir posiciones extrañas a sus postulados básicos, en relación a la gran burguesía monopólica, la oligarquía terrateniente y la política yanqui. En aras de un frente antifascista, se cuestionaban reformas sociales progresistas, no siempre en forma expresa, pero sí en actitudes meridianamente definitorias para las masas, al apoyar una Unión Democrática cuyos integrantes principales representaban los intereses afectados por dichas reformas y cuyo objetivo revanchista y, por ende, revisionista de todas las conquistas alcanzadas, era públicamente pregonoado, como en el caso de la decisión de no abonar el sueldo anual complementario recientemente implantado.

Por consiguiente no puede sorprender la pérdida de influencia de las corrientes de izquierda sobre el movimiento obrero, la que no cabe atribuir solamente a "la irrupción de un proletariado nuevo, de origen campesino, desnudo ideológica e institucionalmente", como lo ha pretendido cierta interpretación, sino que ese divorcio, que aún subsiste, es principalmente el resultado de la falta de respuesta política correcta en una especial encrucijada de la vida nacional.

El enfrentamiento se dio, fundamentalmente, entre un frente integrado por una burguesía industrial no monopólica, la clase obrera junto a vastos contingentes de las masas populares y un sector de la burocracia militar y estatal, contra otro constituido por la gran burguesía industrial y agraria ligada a los intereses del capital monopólico, que contaba con el apoyo del líder del imperialismo, EE.UU., que se esforzaba por consolidar su predominio. Configuraban éstas las alternativas reales aunque pudieran mimetizarse por la inestabilidad de ciertas alianzas y los reacomodos que permanentemente se producían entre las clases propietarias, o en la confusión que podría generar la supuesta vocación democrática del liberalismo conservador ante las tendencias totalitarias que manifestaba la ideología nacionalista-integrista de los dirigentes militares o sus aliados.

En síntesis, se trataba de dos proyectos: el que procuraba profundizar el desarrollo capitalista independiente y la revolución democrática burguesa basado en una débil y vacilante burguesía nacional apoyada en la clase obrera para luchar contra el resto del bloque propietario; y el que a su vez pretendía mantener la estructura oligárquica, agroexportadora, con una industrialización limitada bajo el control de la oligarquía financiera.

El error histórico del PC facilitó el predominio de la ideología burguesa sobre la clase obrera en su conjunto, contribuyendo a postergar hasta nuestros días la consolidación de un partido de la clase obrera, por la confusión que originó en vastos sectores del campo popular sobre los reales objetivos de las corrientes marxistas.

XI.— EL PRIMER GOBIERNO PERONISTA

En el plano político y organizativo, el peronismo tuvo que crear sus propios mecanismos. Perón fue llevado a la presidencia por el Partido Laborista y por FORJA, encabezando grupos radicales cuyas maquinarias electorales no estaban bajo su control directo. Por ello, y porque el laborismo respondía a los hombres del sindicalismo, se creó luego del triunfo electoral, el Partido Único de la Revolución Nacional (PURN) cuya directiva es designada por el propio Perón, y no al revés, como correspondía democráticamente. En 1947 el PURN pasa a ser Partido Justicialista y comienza a hablarse de "justicialismo" como una alternativa.

ideológica al capitalismo y al comunismo. Con el mismo sentido, en el plano internacional se habla de "la tercera posición" entre los bloques enfrentados.

El peronismo constituye una experiencia de nacionalismo popular, que llega al poder cuando lo sustancial del proceso de industrialización sustitutiva de importaciones estaba ya realizado, pero por su dirección burguesa, estructuras y bases sociales determinantes, era incapaz de atacar seriamente las raíces del retardo y la subordinación a los intereses imperialistas, circunstancia que lo condujo a una encrucijada económica de total estancamiento. El proyecto peronista encontraba su techo dentro de su propio desarrollo, pues nunca existió un plan serio de profundización de un proceso antimperialista, no se echaron las bases para una acumulación independiente, para evadir el sometimiento económico y tecnológico, para corregir la deformación de las estructuras. El inconsiguiente antimperialismo de Perón en momentos de agudización de la "guerra fría" y cuando desde Washington se vendía la imagen de una inminente guerra santa contra "el comunismo materialista", lo conduce a desechar la perspectiva de resolver la crisis vendiendo a los países socialistas o a los coloniales o semicoloniales que pugnaban por su independencia.

En 1952 (inicio de la segunda presidencia de Perón), el mundo es otro que el de 1946, porque la recuperación europea ya está muy avanzada y tanto la industria como la agricultura cubren sus necesidades, bajando así necesariamente la demanda de productos argentinos. Además, por supuesto, a nuestro país le desfavorecen cada vez más los términos del intercambio. A su vez la realidad interna es otra porque la industria ligera ha saturado el mercado local y para colocar la producción es imprescindible ampliar mercados y mejorar tecnología. De los 4 mil millones de dólares que tenía Argentina al finalizar la guerra nada queda; han sido invertidos en crédito a la industria y en el pago de los bienes nacionalizados. Por otra parte, al modificarse los términos del intercambio entre materias primas y productos industrializados, cae el valor internacional de los cereales y la carne, y el gobierno, a través del IAPI, pasa en realidad a subsidiar a los agricultores con los precios sostén.

En esas condiciones no podían mantenerse los altos salarios, el dilema era de hierro, se diversificaba el comercio exterior y se construía una industria pesada para lo que era necesaria la independencia económica, vía la independencia tecnológica, o se aceptaban las condiciones que imponían el bloque monopólico y el imperialismo.

Y aquí es necesario hacer una precisión importante: Ya en 1952 el 20% de la producción industrial estaba controlada por los monopolios argentinos. Ya no se trata de mercado interno y de sustituir importaciones, porque los monopolios tienen la necesidad de participar en el mercado internacional. Antes que el mercado cerrado es preferible para ellos la coalición con los monopolios internacionales, en las condiciones que éstos impongan. Este sector monopólico plantea entonces una pugna de intereses dentro del nuevo bloque dominante, pugna que terminará resolviéndose a su favor.

Además, constituyendo la transferencia de recursos del sector rural exportador a la economía industrial, el signo determinante de la política económica del peronismo, la oligarquía fue cerrando filas contra un gobierno que sacrificaba el campo a la ciudad y, en la crisis, el peronismo debió enfrentar a un bloque rural consolidado en torno a la oligarquía terrateniente.

La ley de radicación de capitales de 1953 en la que se autorizaba la remesa del 3% anual de las ganancias de los inversionistas y el reintegro del capital invertido a partir de los 10 años, así como el proyecto petrolífero subordinado a la California (subsidiaria de la Standard Oil), configuran desesperados recursos que ejemplifican crudamente las limitaciones de la política antimperialista del nacionalismo burgués.

Por no extendernos demasiado no hemos hablado del profundo déficit energético

del país, de la pérdida importante de apoyo popular en los últimos años, del conflicto con la Iglesia, pero debemos dejar sentado que las dificultades eran inmensas, insalvables sin un proyecto revolucionario que avanzara manteniendo el proceso hasta instalar a las masas populares en el poder y desplazando a la burguesía. No se trata en esencia de fallas de conducción o de cobardía, sino de que el proyecto peronista era —en la etapa de monopolización— inviable y Perón no estaba dispuesto a cambiario.

Sin llegar a un acuerdo integral con la oligarquía y el imperialismo, tampoco impulsó la radicalización del proceso. En esencia sacrificó al orden burgués y a la estabilidad del sistema de dominación, los intereses populares que enfrentarían su conciliación en la etapa venidera. Al autoexiliarse Perón lo justifica diciendo que abandona el país "para salvaguardar nuestro patrimonio nacional", que es una forma de exteriorizar su rechazo a la posibilidad de desborde y descontrol de las masas movilizadas en defensa de su gobierno.

En ninguno de los diversos golpes contra gobiernos redistribucionistas apoyados en movimientos populares sobre los cuales existe una nutrita historia en América Latina, fueron armados los obreros, campesinos o estudiantes. En cambio, el enfrentamiento se dirimió dentro de las fuerzas militares con el consabido resultado de una dictadura militar. Bajo ningún concepto, los gobiernos populistas aceptan la defensa armada por parte de los trabajadores, porque cualquier defensa armada de las masas coloca al poder de la burguesía en la ruta de su demolición. Para las clases dominantes (y los gobiernos populistas representan los intereses de ellas), las armas pertenecen monopólicamente a las fuerzas armadas que constituyen parte fundamental del poder de la burguesía.

Quedaría opinar sobre el rol que cumple Eva Perón en el primer gobierno peronista. La oposición gorila ha caído siempre sobre este personaje, tildándole de arribista, resentida y liviana, pero jamás ha analizado su papel en el fenómeno peronista. Los Montoneros y otros grupos de la izquierda peronista, en el extremo opuesto, la consideran como depositaria del espíritu revolucionario del peronismo.

Eva Perón no representaba nada "fuera" del proyecto peronista; no se puede decir que ella empujara el proceso en un sentido progresista o retrógrado. Pero sí hay que entender que esta mujer de origen humilde, representó lo más popular y antioligárquico de la dirigencia peronista y por ello contribuyó a movilizar masas en apoyo del régimen. En suma una mujer fuerte, decidida y con inclinación popular, dentro de un proyecto que favorecía definitivamente al sector industrialista de la burguesía.

XII.— LOGROS DEL PERONISMO

Para comprender los 18 años de la llamada resistencia peronista, el triunfo de 1973 y la fuerza que el peronismo tiene aún en las masas populares, debemos mencionar no sólo el apoyo de masas como una necesidad de su política, sino establecer sus conquistas populares, algunas de las cuales, como el desarrollo del sindicalismo, han sido mencionadas.

Debemos partir de la circunstancia ya expresada de que el peronismo representa la culminación de la revolución burguesa en Argentina (a partir de entonces el papel de la burguesía se va a hacer cada vez más reaccionario). La mejor expresión de esta culminación es seguramente la Constitución de 1949, que contiene aspectos muy progresistas.

Por supuesto, lo central de este avance estuvo determinado por el bienestar económico que el pueblo disfrutó durante el primer gobierno, expresado a través del

aumento de la participación de los trabajadores en la distribución de la renta nacional, en salarios dignos y en seguridad laboral, acompañado de una política consumista.

También fueron notables las mejoras para el pueblo en sanidad, en educación y en otros derechos sociales; los espectáculos y el deporte se pusieron al alcance del pueblo, etc.

En el aspecto sociopolítico, anotamos que Perón al acostumbrar a las masas populares a movilizarse en apoyo de su política, contribuyó grandemente a su concientización, lo que ayuda a explicar la historia de las movilizaciones de los años siguientes. El voto femenino tuvo un profundo contenido democrático y progresista.

En el campo internacional, como hemos visto, el peronismo preconizó una tercera posición (apartada de los bloques) y aunque terminó sometiéndose a los dictados del imperialismo norteamericano, debe anotarse que durante su gobierno se concluyó un importante pacto comercial con la URSS que llegó al 9% del comercio exterior argentino; y que fue Argentina el primer país que obtuvo un importante crédito soviético. Asimismo, Perón mantuvo una posición no intervencionista al gobierno de Arbenz en la Guatemala de 1954, pese a los ataques imperialistas.

XIII.— LA SEGUNDA ETAPA PERONISTA

Después de la caída de Perón ocurren sucesos trascendentales en la historia de la humanidad. El proceso de la revolución mundial sigue avanzando no obstante las marchas y contramarchas, los zigzags y desvíos, los aparentes retrocesos que muchas veces son avances en espiral. La sanguinaria resistencia del imperialismo no logra impedir los paulatinos progresos y los clamorosos triunfos que periódicamente jalónan esta lucha de los pueblos. El imperialismo tampoco puede impedir la radicalización de las masas al influjo de ese ininterrumpido y cada vez más vigoroso avance, encabezadas por la clase obrera. La hegemonía del imperialismo yanqui está en declive y sus sucesivas derrotas en Cuba, Vietnam, etc., su impotencia en Centro América y su paulatino distanciamiento de otras potencias capitalistas signan su ocaso, pese a los peligros de una hecatombe nuclear ante la irresponsabilidad y desesperación de sus cúspides reaccionarias. Todos estos acontecimientos han ido influyendo sobre las masas argentinas, y la conmoción que significó el triunfo de la Revolución Cubana a pocos años de la caída de Perón, mostró a nuestro pueblo que sin las armas en sus manos será imposible el triunfo total o la defensa de sus avances parciales. La experiencia de Cuba en las barbas del imperialismo, sin claudicación alguna y sin aceptar bestardas imposiciones, aleccionó a las masas argentinas que amenazaron asumir su puesto en el escenario político nacional. Desde fines de la década del 50 hasta la actualidad, con los inevitables altibajos que impone la ofensiva represora de los altos oficiales servidores del amo imperial, nuestro pueblo impulsa un combativo proceso, en el que la utilización de todas las formas de lucha es su característica fundamental. Movilizaciones populares, huelgas, sabotajes, insurrecciones parciales, hostilización al enemigo, lucha armada, lucha electoral, constituyen algunas de las formas que adquiere el enfrentamiento con la oligarquía financiera y con su Partido Militar.

Los sectores peronistas combativos, que luego fueron denominándose peronismo de izquierda, registraron importantes avances en el camino de su organización para esa lucha. Con activa participación popular fueron surgiendo diversas organizaciones que reivindicaron las consignas de Perón y, muchas veces en apariencia, respondiendo a sus directivas organizaron la violencia de las masas. Montoneros, FAR,

FAP y muchas otras están inscriptas en la historia del pueblo argentino, bajo estos postulados. La Resistencia Peronista constituye una de las más importantes facetas de la historia del movimiento, y comparte con la gesta de otros sectores de la izquierda marxista, un rol decisivo en la etapa que culminó con el repliegue táctico pero desordenado de la dictadura militar en 1973.

En 1973 Perón retorna agitando las mismas banderas de su primer período: liberación nacional, unidad nacional, justicia social, distribución equitativa del ingreso y participación del movimiento obrero organizado, entre otras. Pero el contexto en que se aplicaría el proyecto presenta sustanciales variantes. Enumeramos:

- 1) La economía del país se ha monopolizado; la industria monopólica cubre el 50% de la producción industrial local y mantiene el control de los resortes de la economía. El proceso de concentración acelerado desde la economía de filiales impuesta por la "Revolución Libertadora" y acentuada por el desarrollismo se hace vertiginoso con la utilización de las palancas del poder por la "Revolución Argentina". La industria no monopólica no tiene ya la más mínima posibilidad de competir.
- 2) Como vimos, también se habían ido monopolizando los capitales que apoyaron el primer proyecto peronista y los que apoyan el segundo son francamente monopólicos. Por eso, el proyecto de ninguna manera se propuso volver a la producción para el consumo local, sino que buscó cambiar de socio, apoyándose en los grandes capitales monopólicos árabes y europeos; maniobra que en definitiva no tuvo éxito.
- 3) En los 18 años de ausencia del peronismo, las masas argentinas habían tenido un avance político formidable; ya no seguirían los dictados de Perón sino cuando tuvieran un contenido favorable a sus intereses. Por ello fracasa Perón cuando pide al pueblo "de casa al trabajo y del trabajo a casa". Por otra parte sus aspiraciones se habían ampliado y radicalizado.
- 4) Ya el conjunto del movimiento obrero no seguía sin discusiones a la burocracia peronista. El clasismo (que unía a peronistas y no peronistas) había adquirido identidad y fuerza. El pacto social es jaqueado por la lucha del proletariado más consciente, que exige el cumplimiento del programa.
- 5) A ello se uniría la oposición de la gran burguesía monopólica que defendiendo sus intereses de clase proseguía con sus objetivos de concentración del capital.

Todo ello conforma un ámbito que hacía preludiar el fracaso a corto plazo del proyecto peronista, que se rinde por completo a los monopolios norteamericanos a partir de la renuncia de Gelbard.

Para el proyecto peronista ya no existía un ámbito nacional e internacional capaz de servirle de soporte, y la política populista carece del marco propio que le dió base de sustentación en un determinado período histórico.

Luego de la corta experiencia democrática de Cámpora, aplastada por la derecha peronista, Perón revela claramente su rol de defensor del sistema, reclamando la unidad nacional y desecharo sus antiguas imprecaciones contra la oligarquía y el imperialismo. Ahora privilegiaba claramente la necesidad de salvaguardar la estabilidad capitalista, postergando los problemas emergentes de las contradicciones interburguesas y buscaba apoyar el proyecto de fortalecimiento de la domi-

nación burguesa (amenazada por el clasismo y la lucha revolucionaria de las organizaciones armadas) en el consenso y el apoyo de los trabajadores y del pueblo. Intentaba diferenciarse de las dictaduras que lo precedieron en que ellas mandaban y él gobernaba. Buscaba controlar al movimiento obrero mediante el tradicional reformismo de la burocracia sindical, al mismo tiempo que efectuaba algunas concesiones menores económicas y sociales. Pero la contradicción resultaba insoluble porque, salvo muy limitados sectores, la burguesía no estaba dispuesta a reducir su porcentaje de plusvalía mientras que la clase obrera, que mantenía expectativas en el peronismo esperando respuestas favorables a sus reivindicaciones, no estaba dispuesta a abandonar la lucha que mantuvo durante muchos años en defensa de su poder adquisitivo y de sus condiciones de vida. A ello se agregaba que importantes sectores de la clase obrera comenzaban a cuestionar el sistema alejando aspiraciones socialistas.

El rechazo de los trabajadores al pacto social obligó a la burocracia sindical a abandonar el anterior rol de mediadora entre el capital y el trabajo, para erigirse en vocera y represora estatal, posibilitando de esa manera avances del clasismo que alcanzó importantes posiciones dentro del movimiento obrero hasta que se desató la represión fascista con López Rega, Isabel y las Tres A, que le obligó a retroceder.

La agudización de la lucha de clases con sus diversas formas de expresión, rebasó totalmente los marcos del gobierno y la política peronista de conciliación de clases.

El golpe del 76 que significó la instalación de una dictadura militar terrorista y el lanzamiento desembocado del plan de concentración monopólica, consagró el fracaso de la nueva experiencia peronista y materialmente la destrucción de la burguesía no monopólica, trasladando la lucha de clases argentina a un nivel superior, donde el enfrentamiento central está representado por el de la clase obrera y la burguesía monopólica, en una polarización que necesariamente modificará el eje de las luchas sociales y políticas del país.

XIV.- NUESTROS ERRORES

Los análisis que nuestro Partido efectuó en su oportunidad sobre el tercer gobierno peronista, aunque fueron globalmente justos, no resultaron capaces de apreciar los matices de la situación. Se vieron con claridad las inmensas posibilidades para el movimiento revolucionario que se abrían ante la existencia de un gobierno democrático, permeable ante las presiones de las masas. En consecuencia se propuso aprovechar ese proceso, transformando la actividad de las masas en una poderosa acumulación de fuerza, conscientes de la imposibilidad del gobierno peronista para dar salida a la crisis económica; cuestión que hacía totalmente previsible el regreso de los militares al poder.

Ahora bien, el insuficiente dominio de la ciencia social proletaria, la falta de visión de las fases por las que debe atravesar el proceso revolucionario (propiciábamos directamente la revolución socialista), la desvinculación con el movimiento comunista y obrero internacional, la insuficiente penetración en el movimiento de masas, en fin; la inmadurez política y juventud de las organizaciones revolucionarias surgidas en la década del 60, impidieron que se concibieran científicamente los relevantes conceptos acerca de la acumulación de fuerza.

En efecto, la línea objetiva que implementamos frente al gobierno peronista, tuvo como columna vertebral el desarrollo de la actividad militar, subordinando a

esta la política de conducción del movimiento de masas y de esta manera no se acumulaban fuerzas.

Este error tenía un doble origen: Por un lado, una apreciación a blanco o negro del GAN, por lo que no se supo, durante el desarrollo de la propia situación, detectar suficientemente que el proceso electoral no pudo ser completamente controlado por el partido militar, y más aún, que la retirada militar no fue lo ordenada que Lanusse y sus seguidores habían previsto. Por otra parte, no se advirtió claramente a qué fracción de la burguesía respondía el proyecto peronista de esa última etapa. Al identificarlo con lo más reaccionario de la clase dominante, de hecho, no advertimos las diferencias entre la burguesía monopólica industrialista, ligada al imperialismo, pero con cierta base en los capitales nativos, que buscaba algún margen propio de maniobra (proyecto Gelbard), y la gran burguesía ligada por completo a los monopolios americanos de las finanzas (Martínez de Hoz) que comenzó a imponerse aun antes del golpe. Cuando esta fracción asumió el poder total habíamos agotado en el peronismo de 1973-74 los epítetos para calificarla.

XV.- CONCLUSION

La crisis que ha hecho eclosión en el peronismo configura una de las facetas más resaltantes del ya manifiesto agotamiento de las posibilidades del sistema capitalista de dominación para resolver los agudos problemas que aquejan a la estructura argentina, y de la caducidad de las propuestas de las superestructuras políticas.

Esta fuerza política que recibió desde su nacimiento el respaldo de las masas populares argentinas, y que constituyera el eje alrededor del cual se desarrollaban las luchas políticas de las últimas décadas, se resquebraja como consecuencia de los profundos cambios sociales que generó en el país el avance y la consolidación de la faz monopólica del capitalismo. Nacida como expresión de las aspiraciones de los sectores burgueses medios que intentaron avanzar en el desarrollo industrial con mayor independencia de las potencias imperialistas y con una más justa distribución de la riqueza social, logró el apoyo de vastos sectores de las capas medias y de los trabajadores en una alianza de clases que buscaba consolidar un proyecto nacional, en un mundo donde el capital monopólico ya ejercía clara hegemonía.

Ese tardío intento de una burguesía tímida y vacilante en el enfrentamiento con los grandes propietarios de la tierra, aliados al capital transnacional, constituyó una importante experiencia para las masas populares y representó el más alto nivel que pudo alcanzar la democracia burguesa en el país; la incorporación a la vida política activa de los trabajadores que consolidaron la legalidad y el reconocimiento de sus organizaciones sindicales y accedieron a una participación salarial nunca más alcanzada, el voto femenino y la libertad del sufragio para las amplias masas en comicios formalmente libres, configuran importantes avances en las prácticas de la democracia burguesa, no obstante la utilización de medidas represivas, que no solamente afectaron a los trabajadores..

El natural e inevitable proceso capitalista de monopolización de una burguesía en creciente desarrollo, en un mundo donde el sistema veía cuestionada su dominación por un cada vez más poderoso bloque de países socialistas y antíimperialistas, fue debilitando paulatinamente la lucha por las metas de independencia económica, en la medida en que los capitales de la burguesía nativa se ligaban cada vez más estrechamente a los monopolios de los países desarrollados.

Las contradicciones de clase que desde su origen motivaron duras luchas en el

peronismo, se agudizaron con ese proceso de concentración monopólica que ya se evidenciaba en el segundo gobierno de Perón en la década de 1950; la política de los monopolios, impuesta compulsivamente en los gobiernos que siguieron al golpe de 1955, se impuso gradualmente a través de la burguesía nativa monopolizada, acrecentando nuestra dependencia económica e imponiendo los planes de superexplotación, a pesar de la firme resistencia obrera en históricas luchas.

La acelerada pérdida de peso social de la burguesía nativa no monopólica y su carencia de proyecto adecuado a las nuevas condiciones sociales, fueron restándole representatividad e identidad social al peronismo, fraccionando la alianza de clases que lo respaldara.

La inexistencia de propuestas políticas claras que pudieran erigirse en alternativa, retardaron los previsibles desgajamientos en un bloque cada vez más anarquizado, al que solamente mantenía formalmente unificado la imagen y los mensajes del líder exiliado que expresaban concepciones renovadas, aunque muy generales y confusas, evidenciando deseos de encontrar soluciones con cambios más profundos que los tradicionalmente burgueses.

Esa aparente renovación de propuestas y métodos, exteriorizados especialmente con la masiva participación de una juventud que sustentaba aspiraciones revolucionarias, revigorizó al peronismo que en 1973 concitó nuevamente el masivo respaldo de las clases trabajadoras que ya reclamaban cambios sociales más radicalizados que los que estaban dispuestos a consentir las clases dominantes, como se mostró en la sólida tendencia clasista que encabezó las luchas sociales en los años 70.

El fin de una etapa

El tercer gobierno de Perón —con su intento de pacto social y la presidencia de Isabel— confirmaron la caducidad de la etapa de desarrollo del sistema socioeconómico. Ignorar la realidad objetiva, pretendiendo resolver los nuevos problemas con recetas elaboradas para condiciones absolutamente diferentes, encarar los fenómenos de la faz monopólica con métodos de la era de la libre competencia, es una actitud reiteradamente utilizada por la burguesía argentina en su desesperado intento de preservar formas obsoletas de relaciones de producción.

Durante ese período, se aceleró el proceso de concentración, no solamente con la absorción de los sectores no monopólicos, sino también afectando a los núcleos monopólicos separados de los intereses predominantes en la oligarquía financiera. La destrucción del grupo encabezado por Gelbard, expresión de intereses ligados principalmente a las transnacionales europeas, marcó el rumbo de la política monopólica.

La dictadura fascista que reemplazó al gobierno peronista concluyó con la resistencia de las capas burguesas que se oponían a los planes monopólicos, reduciendo notoriamente su influencia en el proceso productivo, cuando no destruyéndolas drásticamente. La línea represiva de Isabel Perón y López Rega es superada por la dictadura fascista, pero dentro de la unidad metodológica que le confiere el ser expresión de una misma política, la de los monopolios, que comienza expresándose en economía como concentración y luego en política como represión.

El último gobierno peronista marca el final del más vigoroso y positivo esfuerzo que haya realizado la burguesía progresista argentina para impulsar un proyecto de desarrollo capitalista independiente, con redistribución social más equitativa. En él aparecen claros los avances de los grupos vinculados a los sectores monopólicos más reaccionarios, como respuesta a la necesidad de consolidar definitivamente el poder de la oligarquía financiera. Es imprescindible someter a la burguesía aún no integra-

da y derrotar a la clase obrera y a las organizaciones populares, sobre todo, destruir a las que resisten con las armas a la violencia institucionalizada, mediante las reformas legales promovidas por un peronismo ya divorciado de las expectativas del pueblo.

Los acontecimientos posteriores al tercer gobierno de Perón confirman la conclusión del ciclo. La derrota del 30 de octubre de 1983 es consecuencia de aquel fracaso, de la complicidad o de la complacencia de muchos de sus dirigentes con el fascismo, de la calidad de los candidatos promovidos, de los errores en la campaña electoral y de muchos otros hechos anecdóticos; pero, esencialmente, proviene de causas más profundas, de la carencia de una base social real y de un proyecto que plantea efectivamente la posibilidad de resolver la crisis estructural Argentina.

Hoy, el Partido Justicialista y el peronismo están definitivamente fraccionados, porque las numerosas corrientes y grupos que se reivindican como tales carecen de elementos básicos de unificación, en lo material y en lo ideológico. Reflejan sectores sociales con intereses diferentes y muchas veces antagónicos, sustentan concepciones políticas, objetivos y métodos generalmente opuestos.

Las bases peronistas se han marginado de la negociación de caudillos en la lucha por puestos políticos, repudiando las posiciones antipopulares que vienen adoptando tales dirigentes.

También se han marginado voluntariamente numerosos grupos de dirigentes y activistas que intentan esforzadamente delinejar nuevas propuestas, adecuando las banderas tradicionales a las condiciones actuales, pero sin atreverse a trascender los marcos del sistema capitalista. En cambio, otros sectores de militantes provenientes del peronismo procuran dotar a las concepciones democráticas y antimperialistas justicialistas, de un más definido nivel científico, utilizando propuestas y métodos marxistas, en busca de una síntesis de la experiencia de las históricas luchas de las masas peronistas en el marco de las luchas sociales del conjunto del pueblo argentino. Son las fuerzas que se han integrado al F.P.

Sin embargo, también permanecen dentro de la estructura del justicialismo sectores democráticos que, luchando por su depuración, no se resignan a ver desvirtuados los objetivos progresistas y antimperialistas que lograron la adhesión mayoritaria durante un prolongado período. Entienden que la experiencia dentro de las estructuras formales aún no se ha concluido y alicantan expectativas de revertir el predominio derechista, pese a los sucesivos revéses que vienen sufriendo.

No obstante sus diferencias, todos estos sectores sustentan aspiraciones similares. Pretenden salvaguardar los principios básicos de un movimiento popular que representó una etapa de trascendental importancia en la vida política argentina, reivindicando las clásicas banderas que aún siguen constituyendo metas no alcanzadas. Pero no en todos ellos existe la comprensión de los cambios de la realidad económica, social y política, y de la necesidad de afrontar las nuevas condiciones sociales con propuestas acordes a las circunstancias objetivas y al nivel de conciencia alcanzada por los sectores fundamentales de la sociedad, especialmente por la clase obrera.

Los esfuerzos de unificación superestructurales que desarrollan dirigentes motivados más por apetitos electoralistas, podrán fructificar o no, y quizás hasta puedan apuntarse algún triunfo electoral. Pero ello no significará un real resurgimiento como fuerza capaz de cumplir un rol histórico y de concitar la confianza popular. Tales intentos de unidad están hegemonizados por la derecha reaccionaria, aferrada a la defensa incondicional del sistema y comprometida con los más retrógrados factores de poder (empresariado monopólico, cúpula militar y eclesiástica).

El aparato partidario del peronismo está controlado por sectores representativos

de la burocracia sindical más corrupta, en alianza con los grupos profascistas y con dirigentes políticos inescrupulosos. Tampoco los renovadores ofrecen un futuro de progreso a las masas peronistas. Tanto ellos, como quienes controlan el aparato político del P.J., respaldan la política económica de los monopolios y todas las medidas que tienden a lograr ese objetivo. Ambos sectores recurren a un discurso demágicamente nacionalista y patrioterio para confundir a las masas disconformes con la capituladora línea oficial.

La estructura reaccionaria del aparato político y sindical del justicialismo influye sobre vastos sectores de masas. Corresponde a las fuerzas revolucionarias, democráticas y progresistas, peronistas y de otros signos políticos, dar una dura batalla para incorporar a dichos sectores de masas a la lucha antimperialista y antioligárquica, por la instauración de una democracia participativa, que prepare las condiciones para los cambios de fondo que requiere la estructura socio-económica de nuestra patria.

XVI.- EL PERONISMO Y EL FP

Con la aparición del Frente del Pueblo, surge una nueva alternativa para la militancia y las masas peronistas. Desde su origen, un reducido grupo de dirigentes se incorpora activamente a la instancia frentista, rompiendo con una tradicional imposición del verticalismo de no fortalecer las políticas de la izquierda marxista. Sin embargo, la incorporación de pequeñas corrientes de dirigentes y militantes peronistas al Frente está aún lejos de resolver la cuestión esencial de la integración de las masas peronistas a un proyecto revolucionario.

En el marco de la profunda crisis que hoy afecta al peronismo, aparece como innegable el hecho de que sus propias bases han comenzado a comprender, a partir de su práctica social, el agotamiento de la propuesta que las convocabía. Ese agotamiento, esa incapacidad para conciliar en una misma propuesta el interés de las masas con la defensa del sistema capitalista, está creando un vacío histórico que sólo puede llenar una auténtica alternativa de cambio. En este sentido, nuestro Partido entiende que la capacidad potencial del F.P. para convertirse en el elemento aglutinador no pasa por mimetizarse con lo viejo, con lo que está muriendo, sino por representar con coherencia y firmeza lo que surja, lo nuevo, sin negar por supuesto la continuidad histórica de la lucha popular.

El F.P. gana su lugar por su política y actividad entre las masas, y entre ellas construye su verdadero perfil popular. Las masas peronistas no estarán nunca fuera del frente si éste logra representar sus intereses.

Esas masas hoy están influenciadas por la burguesía. No es condición de su incorporación al frente estratégico la presencia o captación desde el peronismo de izquierda, porque en dicho frente buscarán, no su militancia peronista, sino la satisfacción de sus intereses de clase.

No es el activismo que hoy intenta revitalizar al peronismo renovador el que más interesa al Frente, sino las masas que aún lo votan. A ellas es necesario mostrarles con claridad la diferencia que existe entre una propuesta que prepara el recambio estratégico del imperialismo y otra que representa de verdad sus intereses.

Pensamos que el peronismo tiene un lugar legítimamente ganado en el F.P., que sería no sólo sectario, sino liquidacionista negarlo. Creemos también que cada organización vale por la fuerza real o potencial que tenga; ese es el caso del peronismo y también de otras organizaciones del F.P. que crecen día a día. Sin duda, con una

política justa, se puede influir sobre sectores populares que se sienten peronistas. Pero es esa política justa la esencia de su potencial y no una mágica condición peronista.

Los obreros peronistas no dejarán de serlo por militar en el FP, y menos por incorporarse al frente estratégico. Han demostrado ya que impulsan las organizaciones y votan los candidatos que ofrecen soluciones, y no sólo a los que levantan el peronismo.

Construir la alternativa popular que enfrente a los partidos burgueses y dispute el poder a los monopolios es la meta del FP. La tendencia que está naciendo al calor de las inquietudes de las masas, con la vitalidad que caracteriza todo lo que expresa su auténtico sentir, configura una de las más importantes iniciativas hacia el anhelado frente de masas para la Revolución Democrática Popular Antimperialista.

De esta manera se abre en forma concreta la histórica posibilidad de una amplia coincidencia en el campo del pueblo, no solamente para una política unitaria frenista sino también para el fortalecimiento de las herramientas esenciales para la Revolución. El peronismo obrero y popular, liberándose de los lastres de la ideología burguesa y profundizando sus avances en la senda de lucha por una democracia popular antimperialista mediante la valoración de la trascendencia que revisten las diferencias de clase y la lucha de esas clases para el desarrollo social, constituye una de las importantes fuerzas destinadas a integrar el inmenso ejército que dará la batalla por la revolución democrática, popular antimperialista, como forma de acercamiento a la revolución socialista. *